tas y los caminos que se sigue para decirlo, en el intertexto, en esa estructura profunda de su ensayo que aleja despavorido a más de uno de sus hipotéticos lectores, los reales —creo—, a quienes va dirigido finalmente su manifiesto:

*Esas empenachadas compañías que dirigieron el valiente Ambrosio Alfínger, el sagaz Federmann, y el bello y traicionado y ensangrentado Felipe de Hutten, vieron malograda su suerte por la adversidad de la naturaleza americana, y no lograron sobrevivir a la rudeza de los soldados españoles, que los veían como rivales. [...] Vinieron los Pizarro pero también vinieron Oviedo y Las Casas, vinieron los genocidios pero también los observadores de la naturaleza, [...] Ello no ocurrió con el Asia, invadida sucesivamente por Alejandro, por los romanos, por los cruzados, por las tropas de Napoleón, por el Imperio Británico.* [pág. 55]

En el curso del libro, Ospina va y viene por la poesía y el esplendor del continente arremetiendo de improviso con una fila de citas bibliográficas; cita autores de manera impersonal como si fuesen sus amigos más allegados y, para nuestro bien, hace, en un trecho del texto, un análisis especial de los mitos fundacionales y antropogénicos de las culturas indígenas, sondea la historia prehispánica, los hallazgos arqueológicos, el poderío de las culturas más llamativas y, como su comodín, vuelve a Juan de Castellanos o a Pablo Neruda. Hace una constante asociación entre cosas a simple vista dispares, el Tao y los indígenas americanos, por ejemplo. Ocurre que ello no sería problema si profundizara en lo que pretende decir, si dejara que cada una de sus repentinas ideas llegasen a un concluyente examen.

Con Ospina ocurre algo que he repetido mucho, aquella máxima de Wystan Hugh Auden por la cual, de ciertos intelectuales contemporáneos, son más rescatables sus citas que sus comentarios personales. Ospina se acuerda de todo, consigna todo con exactitud en su cabeza, pero me temo que los lectores no son su fin sino su pretexto, como si hablara para sí, como si en el fondo supiera que nadie lo va a tomar en serio.

*América mestiza* necesita de un libro explicativo, de una bibliografía de mínimo ochenta páginas y un apartado de notas incluso más voluminoso que su ensayo. Lo que se concluye es que Ospina, a veces un funcionario encubierto de Green Peace, a veces un vendedor de planes de viaje, a veces un megalómano con bastante memoria y a veces un orate que se cree Simón Bolívar, buen ensayista cuando se lo propone, sabe que América toda está en el ojo del huracán, pero a ratos no concuerda lo que nos ha hecho sentir con las frases fulminantes que anota, edictos que intrigan y que hacen que finalicemos la lectura con la sensación de no haberle entendido del todo: "Preferiríamos persistir en la desordenada pobreza antes que plegarnos a una lógica de frenesí productivo y de hastío como el que domina a algunas sociedades opulentas del mundo". Ospina es *nuestro* abanderado; el vocero de una causa utópica y persistentemente contradictoria. Su manifiesto americano es una mezcolanza de datos y extensas exploraciones geográficas. Expone toda una cartografía emocionada de las maravillas del continente, revisa con acierto momentos de la historia e incluso de la literatura como argumento para su noble empresa, pero... ¿Es justo para sus lectores recibir tal cantidad de información, sentarse frente a un hipomaniaco cuya fuga de ideas sólo consigue que nos abalancemos sobre él para callarle la boca? Cerramos el libro y no sabemos si hemos pecado de ignorantes o si secretamente, Ospina, quisiera jugar con nuestra inteligencia y, sobre todo, con la poca paciencia que nos queda.

CARLOS ANDRÉS ALMEYDA GÓMEZ

## Tareas del azar y la reflexión

**¿Por qué las moscas no van al cine?**
*Julio César Londoño*
Planeta, Bogotá, 2004, 226 págs.

Pocas veces ocurre que un libro cuyo género se pone en duda desde el comienzo origine la inquietud que uno como el presente llega a suscitar en el lector que apenas pone sus ojos en él. *¿Por qué las moscas no van al cine?*, del crítico, ensayista y narrador colombiano Julio César Londoño (Palmira [Valle], 1953), sólo llega a revelar su hibridez en la nota que William Ospina escribe en su carátula: "Un libro con la diversidad de una enciclopedia, el tino de la poesía, la agilidad del periodismo y la alegría de un quiosco de revistas". Luego de esta nota "comercial" de su amigo y colega de la revista Número —publicación en la que Londoño colabora frecuentemente—, el autor palmireño acierta a darnos, en el prólogo de su libro, una guía sobre el carácter ambivalente de los casi cincuenta textos que este volumen recoge como "artículos de ciencias y humanidades". La explicación dada no intenta más que evidenciar una vertiente del ensayo de mayor riqueza y elasticidad temática, esto es, el ensayo de divulgación, "un género que va a caballo entre la literatura y la ciencia; que oscila entre el ritmo y la reflexión". Sobre el trazado de este género "nobilísimo",





Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Londoño construye en su nota una suerte de *manual del ensayista original*, amparado en las palabras del escritor Jaime Alberto Vélez: "El ensayista es alguien capaz de sostener con gracia un punto de vista original". Tras aclarar el rumbo y los móviles de su empresa, Julio César Londoño expone los factores que determinan la redacción de un texto que logre dar acopio a la investigación sin ofrecer al lector un mamotreto ininteligible o una compilación exagerada de citas ajenas en las que no encuentra el lector más que paradojas sin descifrar. Esto es, un ensayo *leíble* y libre del tecnicismo abrumador del que hacen gala millares de documentos y trabajos de investigación; expuestas estas consideraciones, queda, sin embargo, la duda de hasta qué punto el equilibrio aludido por Londoño se conserva célibe a los artificios de la técnica y las citas memorables o descrestadoras. Sobre el particular —y para permitir que este modesto comentarista caiga en el error de citar— traigo a colación lo que W. H. Auden afirmara en su libro *La mano del teñidor*: "Generalmente cuando leemos a un crítico erudito, aprovechamos más sus citas que sus comentarios".

En algunos ensayos, Londoño contradice abiertamente esta sentencia apoyándose en ese "punto de vista original" atrás comentado —véanse artículos como "Coca-Cola, ácaros y lápiz labial"; "La ventana"; "Margarina, tortas y helados"; o para no ir tan lejos, el ocurrente y bien argumentado ensayo que da título a esta selección—; en otros encontramos apenas el esbozo de una indagación que linda entre la información con afán pedagógico y la suma de datos emocionadamente trastocados. En todo caso, y para hacer eco de las pretensiones anotadas por Londoño en el prólogo de su libro, la intención central de esta suma de artículos es "poner los resultados de las ciencias, aligerándolos de su aparato matemático y su vocabulario especializado, al alcance del hombre de la calle", por lo que la mayor propiedad de esta selección consiste en hacer una revisión informal de temas que parecían estar vedados por la responsabilidad de un conocimiento anterior.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que en muchos casos no basta una simple síntesis ingeniosa, más cuando el nivel de complejidad de lo tratado amerita una cautelosa investigación por parte de un lector que requiere para ello cierto esfuerzo intelectual, dado que ensayos como los de Londoño —ambiguos y superficiales para puristas y científicos ortodoxos, según afirma el autor al justificarse en la nota introductoria— sirven apenas como abrebocas para revisiones posteriores, no tan lúdicas o amenas como la propuesta.

La mayor parte de estos artículos sondean todo aquello que hace presencia como trasfondo de un descubrimiento científico o de una invención literaria. El asidero de estas ocurrentes exposiciones resulta no menos encomiante que la forma en que se ven ilustradas las hazañas o fenómenos de la existencia y el devenir de la humanidad: el proceso evolutivo de que fuera objeto la mano para llegar a ser esa extremidad tan hábil y fundamental en el hombre; una historia del sexo fundada en una breve reseña del libro *La mujer de tu prójimo*; o una hipocondríaca revisión a la manipulación del genoma humano. Lo demás, infinidad de elucubraciones sesudas sobre anécdotas tan bizarras como la tala de un árbol en pos del nacimiento de *Crítica de la razón pura* o la patética pero necesaria existencia de un genio doblegado a una silla de ruedas computarizada pese a una enfermedad poco común: la esclerosis lateral amiotrófica.

Dada la diversidad temática del libro, Londoño ha optado por agrupar sus ensayos bajo siete diferentes estructuras argumentales: *La vida*, *Hombres exactos*, *Inventos*, *Filósofos y poetas*, *La materia*, *El espíritu* y *Lo virtual*. En cada una de estas etiquetas, persiste un tono de hilaridad que permite una lectura desobligante por parte del lector, que no tendrá reproche alguno frente a la ablución precipitada de ecuaciones complejas, densas inspecciones cosmogónicas o detalladas descripciones propias de un laboratorio químico. Aproximaciones algunas veces especulativas y otras documentadas fielmente sobre iconos del pensamiento y el progreso científico de la humanidad, la quema de la biblioteca de Alejandría, la invención del bolígrafo, o temas un tanto más especializados como la entropía, el descubrimiento del neutrino o las propiedades visuales de una mosca y su percepción de las imágenes proyectadas por un cinematógrafo.

Entre tanto, no sólo las disquisiciones de índole científica o formal constituyen el *Leitmotiv* de los ensayos de divulgación propuestos por Londoño en esta compilación. Resulta de especial interés el hecho de que tanto lo tangible como lo etéreo tengan aquí un merecido cruce, ya sea para permitir que el extraño y algo solitario Emmanuel Kant pueda dar largas a su obra o para dar fe de una ficción literaria —una reseña publicada por Londoño en la revista El Malpensante (núm. 33) a



Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

propósito del libro *El tío Petros y la conjetura de Goldbach*— cuyo objetivo era "demostrar que todo número par es la suma de dos primos". Un ejemplo más de esta conjunción lo tenemos en "El día en que la máquina nos devolvió la mirada", texto que trata sobre la ya conocida partida de ajedrez entre Garri Kaspárov y Deep Blue, contienda entre hombre y máquina que dejó, luego del triunfo del "joven y promisorio computador de la IBM", gran cantidad de interrogantes para el hombre. Desde luego, Londoño hace sus propias preguntas, ilustra detalladamente la partida y expone el parangón técnico concerniente al juego y a las propiedades del ganador; además, no tiene ningún problema en intervenir en la partida:

*1. P4R – P3AD 2- P4D – P4D 3. C3AD – PXP 4. CXP – C2D 5. C5C (Aunque todos los manuales digan que es inconveniente mover dos veces la misma pieza en la apertura, 5.C5C es una jugada interesante. Si 5... –P3TR, por ejemplo, 6. C6R! Y el negro tiene serios problemas). 5....– CR3A 6. A3D – P3R 7. C(1)3A – P3TR? 8. CXPR – D2R 9. 0-0 – PXC 10. A6C+ - R1D 11. A4A – P4C 12. P4TD – A2C 13. T1R – C4D 14. A3C – R1A 15. PXP – PXP 16. D3D – A3A 17. A5A – PXA 18. TXD – AXT 19. P4A y el campeón abandonó.* [pág. 101]

Londoño se proclama intelectual (pág. 134) y reconoce sus diferencias con el lector al entrar en soliloquios intermitentes con los que —entre líneas— espera descubrir él mismo, y a medida que va deshilvanando su disertación, los secretos y paradigmas de cada ítem que trata. En "Inteligencia artificial" (*Lo virtual*, pág. 222) nos dice:

> *La inteligencia artificial, o IA como la llamamos en confianza, es una rama de la informática que ha tratado de responder en los últimos cincuenta años y en miles de libros, una pregunta: ¿Puede pensar una máquina?*
>
> *Usted dirá que es una pregunta absurda pero, con todo respeto, su opinión no nos interesa aquí. Nos ocuparemos, en cambio, de las opiniones de filósofos, neurólogos, físicos, matemáticos, lingüistas y teóricos de la información.*

En lo referente a los ensayos que tratan temas un poco más densos —véanse los ensayos "La ciencia y el destino"; "Arthur Schopenhauer" y el atrás citado "Inteligencia artificial"—, Londoño parece olvidar su animo inicial de reconocer en el lector a su aliado a la hora de *divulgar* esa información consignada aquí tan juiciosamente. A veces aflora ese Londoño manifiestamente erudito y sobrehumano que cita aquí y allá ante la mirada espantada del lector común; otras, reímos con él hasta la hartedad por sus ocurrencias y agudos comentarios; a veces, sólo nos enfrentamos a una definición del *Larousse* acomodada al tono del libro con algún lance de intelectual o una presunta moraleja.

Tal parece, por ende, que lejos de encontrarnos con un escritor viciado por las taras de la contradicción, nos hallamos frente a una selección atemporal de textos y comentarios hechos para diversos medios y que dan muestra de varios momentos en la vida investigativa de su autor, motivo que explicaría las constantes digresiones y ese aire de suficiencia que puede verse en el párrafo anteriormente citado.

*¿Por qué las moscas no van al cine?* conviene finalmente en entregarnos una faceta muy personal del género ensayístico, y más específicamente de la variedad aquí reunida a la que su autor ha dado el epíteto de divulgativo La irreverencia y erudición frecuentes en su autor nos llevan a comprender la hibridez en el tratamiento de cada tema, así como ese tono humorístico que le permite relatar sucesos de la historia de una manera bastante desenfadada: la historia del bluyín —grafía aceptada en 2003 por la Real Academia para su inclusión en la próxima edición del Drae—, ese invento que "'tonifica' y destaca lo que todas tienen, perniles, y disimula lo que a tantas les falta, piernas", comparte lugar con el esbozo biográfico de Bill Gates, "un monito largo, flaco y muelón"; el proceso de preparación de una papa frita, cuyo crocante sonido atiende a una ciencia específica: la reología; así como con el corto devenir como astrónomo del "meticuloso relojero del horror": Edgar Allan Poe.

Más allá de las formalidades técnicas e históricas, el estilo y las peripecias literarias de Julio César Londoño mantienen este libro del lado correcto, no obstante la disparidad y pretensiones intelectuales que puedan cohibirlo de desarrollarse con claridad y fluidez argumentativa. Londoño es, ante todo, un cuentista reconocido —obtuvo en 1998 el premio Juan Rulfo de cuento—, crítico de literatura y ensayista por convicción. De ahí que varios textos del presente libro simplifiquen elementos narrativos y argucias del lenguaje que no son propiamente embelesos del ensayo, situación que hace aún más



Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

comprensible el carácter sui géneris del casi medio centenar de artículos de esta selección. Al lector de literatura le llamará especialmente la atención la referencia a varios libros que llevaron a Londoño a elaborar gran parte de estos ensayos. En general son novelas y grandes ensayos de investigación que el lector podrá recoger a lo largo de su lectura y que, a mediano plazo, pueden resultar de incalculable valor para posteriores indagaciones. Haciendo a un lado la irreverencia de su autor y los episodios de egolatría enmascarada que a ratos conducen su discurso hacia una variedad no tan frecuente de autoafirmación, la lectura de *¿Por qué las moscas no van al cine?* podrá suministrar una buena guía bibliográfica así como los elementos básicos para una revisión menos general y más personal de los temas que Julio César Londoño expone aquí en aras, tal vez, de fomentar el naciente ensayo de divulgación y reconciliar, como ya se ha dicho, dos campos del conocimiento: "la ciencia y el arte, una combinación no menos afortunada que el café con leche en la mesa, o la luz y el sonido en el cine".

CARLOS ANDRÉS ALMEYDA GÓMEZ

# "Me aburre infinitamente"

**La lenta corriente del río. Diario de viaje remontando el Mirití-Paraná**
*Ernesto Mächler Tobar*
Intermedio Editores, Bogotá, 2006, 157 págs.

El autor de esta sedicente novela, tiene nombre de antropólogo y escribe como antropólogo. No estoy seguro, pero a este profesor de mostachos dalinianos creo haberlo conocido en Francia, donde es profesor universitario de renombre así como experto en viajes y en escondidas tribus indígenas de nuestro país.

El tal Mirití-Paraná no es un brazo principal del famoso río fronterizo de los países del sur del continente, sino un afluente del Caquetá, es decir, hablamos de una zona en la que el Estado nunca ha estado ni tiene por qué estar, a no ser para echarlo todo a perder. Se trata del itinerario de un viaje selvático, simplemente. El viaje real ocurrió hace veinticinco años, en 1983, amparado en una sensibilidad poética y en una historia de desamor.

Si lo examinamos bajo el criterio "acción", aquí no pasa absolutamente nada. Más que aventuras, aquí sólo hay impresiones. Viajero empedernido, entiendo que Mächler Tobar ha publicado otro libro viajero en el que retrata a París y a Barcelona. Su estilo es eminentemente descriptivo.

Su lectura me trajo a la memoria un trozo de Jean-Paul Sartre en *Les mots*:

*Boussenard y Jules Verne no pierden la ocasión de instruir; en los instantes más críticos, cortan el hilo del relato para lanzarse a la descripción de una planta venenosa, de un poblado indígena. Como lector, me saltaba esos pasajes didácticos; como autor, llenaba mis novelas con ellos; pretendía enseñar a mis contemporáneos todo lo que ignoraba: las costumbres de los fueguinos, la flora africana, el clima del desierto. Separados sin quererlo y luego embarcados sin saberlo en el mismo barco y víctimas del mismo naufragio, el coleccionista de mariposas y su hija se aferraban a la misma boya, levantaban la cabeza, los dos daban un grito: "¡Daisy!", "¡Papá!". Desgraciadamente un tiburón buscaba carne fresca, se acercaba, brillaba su vientre entre las olas. ¿Escaparían de la muerte los desgraciados? Iba a buscar el tomo "Pr-Z" del Larousse, lo llevaba penosamente hasta mi pupitre, lo abría en la página correspondiente y copiaba palabra por palabra pasando a la otra línea: "Los tiburones son comunes en el Atlántico tropical. Estos grandes peces de mar muy voraces, alcanzan hasta trece metros y pesan hasta ocho toneladas...". Yo me tomaba el tiempo de transcribir el artículo; me sentía deliciosamente aburrido, tan distinguido como Boussenard y, como aún no había encontrado la manera de salvar a mis héroes, seguía tomándome el tiempo entre exquisitas angustias.*

Pues bien, en *La lenta corriente del río* ese tono de Verne aparece a menudo, ya contando como se hace el cazabe o como se levanta una maloca yukuna:

*Desde el amanecer el capitán está fabricando una veintena de flechas de cerbatana; quiere ofrecérmelas como regalo. Son astillitas negras de unos 32 centímetros de largo, parecen de madera de chonta pero provienen de una palma cuyo nombre al igual que tantos otros, he olvidado: no logro retenerlo todo. Se afilan muy bien, después de lo cual se procede a enrollar algodón de monte, silvestre, en el extremo opuesto. Este algodón se pega con una especie de brea obtenida del pez pirarucú* (Arapaima gigas). *Finalmente, y con hilitos de corazón de hoja de palma, se protege el enrollado del algodón para que no se rasgue, apelotone o despeluque, tanto en la caja de las flechas como durante el tiro. Si el algodón se desfleca, la flecha viajará torcida, y el tiro se perde-*



Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.